

Hegemonía y contrahegemonía en la América Latina de hoy. Apuntes hacia una nueva época¹

◆ *Daniel Campione*

Preguntarse por la vigencia –para la realidad latinoamericana de hoy– de la problemática gramsciana de la hegemonía, es comenzar por registrar los enormes cambios que esa realidad (y la mundial) ha sufrido en estos últimos años. Casi todos coinciden en que hemos asistido al final de una época. Pero muchos la caracterizan como el final del «Estado populista», la versión pobre del Estado de bienestar en Latinoamérica, lo que algunos amplían a toda una forma de organización de las relaciones entre Estado y sociedad, a la que denominan «matriz estadocéntrica», que sería reemplazada por una «mercadocéntrica» a partir de los años ochenta y noventa.²

Pensamos, en cambio, que si dirigimos la mirada a los «procesos orgánicos», sin dejarnos encandilar por los movimientos de la «coyuntura»,³ asistimos a la terminación de un periodo más largo y diverso, que puede ubicarse

1 Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Seminario Internacional *Ler Gramsci, entender a realidade*, celebrado en Río de Janeiro en el mes de septiembre de 2001.

2 Confróntese con Cavarozzi (1997).

3 Utilizamos la distinción entre los movimientos orgánicos y los coyunturales en el sentido que le da Gramsci en los *Cuadernos*.

◆ Abogado. Profesor de la Facultad de Derecho y Cs. Sociales de la UBA. Investigador de la FISyP. Miembro del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

con claridad al menos en las sociedades de mayor desarrollo relativo en América Latina (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay): el de un proceso de «modernización» económica, social, política y cultural, que con distintas modalidades, con diferentes configuraciones de los Estados nacionales, de las regulaciones de mercado y de la «sociedad civil», tenían en común una «promesa» de mayor «integración» de las clases subalternas.

Ese proceso de cambio se ha manifestado como una contra-ofensiva de las clases dominantes (en tanto que parte de su dinámica se extrajo de la voluntad consciente de revertir, por medio de transformaciones estructurales y no con medidas de coyuntura, el ascenso de la movilización y las luchas sociales de los años sesenta y setenta), apoyada en una reformulación económica, social y política del capitalismo a escala mundial, pero ha tenido un efecto paradójico: al destruir las organizaciones de las clases subalternas, «descabezar» a su dirección, promover el «transformismo» de sus intelectuales orgánicos, ha minado también su propia capacidad de ejercer «dirección intelectual y moral», ha destruido la posibilidad de erigir indispensables «bases materiales» para esa dirección, y ha desmantelado las herramientas organizacionales (partidos con capacidad de organización y movilización de masas, sindicatos reformistas y burocratizados) que le permitieran en su momento construir esos «equilibrios inestables», esa capacidad para las «soluciones de compromiso» que Gramsci sitúa como cimiento de la transformación de una clase en dirigente. Las bases para desarrollar un «conformismo» de las clases subalternas han resultado erosionadas, cuando no bruscamente destruidas.

Del análisis de ese proceso de cambio, y de las perspectivas que abre desde el punto de vista de las clases subalternas, intentaremos dar cuenta aquí. Pero previamente quisiéramos proceder a un breve examen de las dimensiones del concepto de hegemonía en el propio pensamiento de Gramsci.

El concepto de hegemonía en Gramsci y sus derivaciones actuales

La hegemonía es una categoría fundamental en Gramsci, que apunta a un fenómeno complejo, caracterizado centralmente por la capacidad de un grupo social para articularse, desde una posición de supremacía, con otros grupos sociales, y orientar la «visión del mundo» de un conjunto social mucho más

amplio que las fronteras estrictas de la clase, dando así las condiciones para realizar transformaciones de largo plazo.⁴

El concepto se ha vulgarizado con frecuencia, dando lugar a algunas confusiones: a) una contraposición binaria entre hegemonía y dictadura, donde no existiría una si existe la otra; y b) a partir de asignar un rango de existencia mucho más que metafórico a la pareja base-superestructura, tomarla como una categoría exclusivamente referida a la superestructura y dentro de ella a la esfera ideológico-cultural, o a la «sociedad civil» (a su vez, malinterpretada como en contraposición a lo estatal). Cabe observar, al respecto, que la distinción que Gramsci efectúa entre sociedad civil y sociedad política es de finalidad heurística, como camino para analizar los diferentes mecanismos de un campo y de otro, pero no asimila, como la teoría liberal, sociedad política a Estado y sociedad civil a no-Estado:⁵

«hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido podría decirse de que Estado: sociedad política+sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción)» (Gramsci, 1984: 76).

Los Estados de las sociedades más complejas, que han superado el nivel de la defensa económico-corporativa de la clase dominante, tienen ampliada la capacidad para contribuir a establecer la supremacía de clase, pero no han renunciado a ningún instrumento, comprendiendo los de carácter represivo.

Los componentes de hegemonía y de coerción coexisten en el tiempo y en el espacio, como partes integrantes de la «supremacía» de una clase que pasa a ser dirigente sin dejar de ser «dominante» (dotada de poder coercitivo), y despliega su poder sobre un espacio social más amplio que el de los aparatos estatales formalmente reconocidos como tales,⁶ dando lugar a la configuración de una

4 Afirma Giorgio Baratta: «A través de la praxis y la teoría, de la política y la cultura, de la economía, la sociedad civil y el estado, a través de estructura y superestructura, dirigidos y dirigentes, gobernados y gobernantes, entre las masas y los intelectuales, a través de líderes, cuadros y base del partido, del centro y de la periferia, de la historia mundial y las historias particulares, del mundo y de la nación, de negros y blancos, pasa la hegemonía» (Baratta, 1999: 19).

5 Confróntese con Buttigliero (1999: 35).

6 «La concepción del Estado como hegemonía conduce a afirmaciones paradójicas: que no siempre al Estado debe buscársele allí donde parecería estar 'institucionalmente': en realidad el Estado, en este sentido, se identifica con los intelectuales 'libres' y con aquel grupo de ellos que representa, precisamente, el principio ético-político en torno al cual se verifica la unidad social para el progreso de la civilización. La política es momento de la fuerza, pero prepara para la vida moral o es instrumento y forma de vida moral, por lo tanto no hay conflicto entre política y moral sino casi identificación» (Gramsci, 1984: 343).

sociedad donde, como dice el propio Gramsci, hay democracia en la relación con algunos sectores sociales, y dictadura en el vínculo con otros:⁷ un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a «liquidar» o a someter, incluso con la fuerza armada, y es dirigente de los grupos afines y aliados (Gramsci, 1999: 387).

En Gramsci, la hegemonía tiene múltiples dimensiones, articula diversos significados, pero está claro también que reúne componentes «materiales» junto a los «ideales», que la «dirección intelectual y moral» parte de grupos sociales con un papel determinado en la vida económica, para «hegemonizar» a otros que también lo tienen,⁸ y que la *catarsis*⁹ que eleva al plano de lo ético-político se asienta en el campo económico-corporativo, lo que supone una serie de sacrificios y compromisos –a su vez inestables, dinámicos– que sin embargo no pueden desconocer el papel fundamental, originado en el mundo de la producción, de la clase que aspira a ser «dirigente»:

«es también indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica» (Gramsci, 1995: 55).

Otro arco de complejidades es el proporcionado por la posibilidad de que se produzca la aparición de una hegemonía alternativa, o contrahegemonía. Frente a la clase dirigente puede alzarse una clase subalterna que aspire a fundar otra «visión del mundo». El grupo subalterno sólo puede convertirse a su vez en hegemónico pasando a definir sus intereses, no ya en el plano económico-corporativo, sino en el ético-político (combinación en que el término «ético» apunta más bien a la dimensión intelectual y moral, y «político» al control del aparato

7 Como afirma Joseph Buttligg (1999: 31): «En realidad, los escritos de Gramsci revelan cómo el dominio de la sociedad política y la dirección de la sociedad civil realmente se refuerzan una a la otra; el poder coercitivo y el poder de producir el consenso se entrelazan».

8 Este párrafo de Gramsci puede ser tomado como una afirmación de la base de la hegemonía en el mundo productivo: «Es verdad que conquista del poder y afirmación de un nuevo mundo productivo son inseparables, que la propaganda para una cosa es también propaganda para la otra y que en realidad sólo en esta coincidencia reside la unidad de la clase dominante que es al mismo tiempo económica y política» (Gramsci, 1986: 232).

9 «Se puede emplear el término de ‘catarsis’ para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo ‘objetivo a lo subjetivo’ y de la ‘necesidad a la libertad’» (Gramsci, 1986: 142).

del Estado), presentar sus intereses sobre un plano «universal»; pero se requiere de modo inexcusable ese basamento económico-corporativo.

Una cuestión importante es que esa base no necesariamente debe asimilarse al proletariado industrial o a ninguna porción «predestinada» de las clases subalternas. Otra —a nuestro juicio errónea— es partir de un plano que no incluya los intereses económicos, que se remita a un cuestionamiento meramente «idealista» al orden social existente, o que tome en cuenta los datos del predominio económico de una minoría explotadora, sólo como un factor a morigerar por quienes aspiran a configurar un nuevo «bloque histórico».¹⁰ El pensamiento de Gramsci sobre la hegemonía es innovador en el sentido de apuntar a la transformación radical del conjunto de las relaciones sociales, y no un llamado a descuidar la estructura económico-social y aun la detentación del poder político, para dedicarse a una crítica sólo «cultural» de la sociedad existente, como a veces parece interpretarse.

La hegemonía tiene otro fundamento que podría caracterizarse asimismo como «material», pero es autónomo del plano económico: el organizacional o institucional, el de las organizaciones sociales que configuran el «aparato» de la hegemonía. La posibilidad de una formación de hegemonía está relacionada con el proceso de desarrollo capitalista, y con el aumento de complejidad de la esfera cultural, una mayor densidad organizacional y un nivel de educación más elevado del grueso de la población.¹¹ El bloque que está en el poder supera los elementos de manipulación ideológica más burdos, para articular una conjunción de grupos sociales en torno suyo —en base a una visión del mundo compartida— que permite hablar de «democracia» entre el grupo hegemónico y los sujetos a esa hegemonía, y que abre el paso de la esfera de los dominados a la de los dominantes.¹²

10 El término «bloque histórico» alude a la unidad entre lo estructural y lo superestructural, entre lo material y lo ético-político: «La historia ético-política no puede prescindir tampoco de la concepción de un 'bloque histórico' en el que el organismo es individualizado y concretizado por la forma ético-política, pero no puede ser concebido sin su contenido 'material' o práctico» (Gramsci, 1984: 346).

11 Glucksmann, hace más de veinte años, escribió que «Cuanto más auténticamente hegemónica es una clase, tanto más permite a las clases adversarias la posibilidad de organizarse y constituirse en fuerza política autónoma» (Buci Glucksmann, 1986: 77).

12 Entre tantos significados de democracia, el más realista y concreto me parece que se puede extraer en conexión con el concepto de hegemonía. En el sistema hegemónico existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos, en la medida en que el desarrollo de la economía —y por lo tanto la legislación que expresa tal desarrollo— favorece el paso molecular de los grupos dirigidos al grupo dirigente (Gramsci, 1984: 313).

Otro arco de complejidades lo proporciona la posibilidad de que desde las clases subalternas emerja, y se convierta en acción colectiva, una visión del mundo alternativa, que se proponga vencer y desplazar a la hasta entonces hegemónica. La contrahegemonía¹³ no puede ser entendida sino como la generación de una nueva visión del mundo, que genere «iniciativa política» de las clases subalternas, que «cambie la dirección» de las fuerzas que es preciso absorber para realizar un nuevo bloque histórico. Sin «iniciativa popular» auténtica, no puede haber verdaderas revoluciones, sólo «revolución pasiva».

Y ello da lugar al escenario de conflicto social, complejo y múltiple, que Gramsci denomina «guerra de posiciones»: prolongada en el tiempo, librada en un espacio social amplio y heterogéneo, incluyendo más de un frente simultáneo, con avances y retrocesos parciales, que no son definitivos y que sólo se alcanzan después de trabajosos enfrentamientos, en una situación de asedio recíproco (el enemigo puede contraatacar y retomar posiciones en cualquier momento). Se rescata así el concepto de revolución, pero con la forma de un proceso de laboriosa gestación y no de un acontecimiento único e irreversible, y con un contenido de transformación radical, no limitado al poder político y a las relaciones de producción fundamentales, sino de ruptura de todas y cada una de las relaciones signadas por la opresión y la desigualdad, ya sea que tengan coordenadas étnicas, religiosas, de género o cualesquiera otras; incluyendo, por supuesto, a las divisiones que son básicas para la alienación que permite la dominación entre las sociedades capitalistas, pero no reducibles a la esfera productiva: entre intelectuales y simples (los que «saben» y los que «no saben»), entre dirigidos y dirigidos, entre ciudad y campo, entre lo político y lo económico.

La supremacía de clase, las luchas en que ésta se dirime, quedan así explicadas como un fenómeno multívoco, cuya diversidad y complejidad aumenta junto con la de las sociedades. Pero ello no justifica el deslizamiento a una interpretación del poder en la sociedad, que lo «desmaterializa», al eludir las bases materiales, económicas de la hegemonía, y lo «pacífica», al pasar por el costado de la problemática de la coerción, de la violencia, incluso del terror, que subyace (y actúa, de modo selectivo y más o menos encauzado jurídicamente) en las sociedades hegemónicas, democráticas.

13 El término contrahegemonía no se encuentra en Gramsci. Sus intérpretes lo han utilizado para designar algo que Gramsci sí analiza, pero sin conferirle esa denominación: la réplica «desde abajo» a la hegemonía existente, que puede derivar en un proceso revolucionario y en la construcción de un nuevo bloque histórico.

La hegemonía en las sociedades latinoamericanas

Las sociedades latinoamericanas, sobre todo las de mayor desarrollo relativo, ya no son «Oriente», en términos de Gramsci. Se han tornado desde hace mucho sociedades complejas, con importante desarrollo de la sociedad civil, susceptibles de construcción hegemónica. Pero, a la vez, están cruzadas por la pobreza de buena parte de sus habitantes, cada vez más por el desempleo crónico, y aun por los salarios paupérrimos de parte de los que tienen trabajo formal. Sus peculiaridades económicas, políticas, étnicas, culturales, el sitio excéntrico que ocupan en el sistema capitalista mundial, siguen condicionando los modos de pensar y actuar, las modalidades organizativas, las formas de lucha. Y condicionan seriamente la existencia de bases materiales para que las clases dominantes construyan un consenso hegemónico.

En los años sesenta y setenta, las izquierdas reformistas latinoamericanas dormitaban en los pliegues del Estado de bienestar, apostando a la revolución «por la vía pacífica», y en el fondo, a que la «competencia económica entre sistemas» favoreciera al «socialismo real» e hiciera caer al poder como fruta madura en sus manos. Campeaba allí un economicismo que apostaba a transformar la sociedad desde un aparato del Estado al que trataban de «penetrar» gradualmente, ahorrándose grandes rupturas y convulsiones, así como el trabajo de pensar en problemas de complejidad elevada como los que señalan las concepciones gramscianas.

Mientras tanto, las «nuevas izquierdas», que vivían su auge en esos años, solían apostar a modalidades de lucha por el poder en las que predominaba la acción armada, sin hacer demasiado hincapié en qué tipo de sociedades habitaban sus tentativas. Se ha dicho que confundían la «guerra de movimientos» con la «guerra de posiciones». La confusión era más amplia en realidad, ya que ignoraban los componentes consensuales de la dominación, el conjunto de «equilibrios inestables» sobre los que se basaban los Estados de bienestar periféricos que se habían producido en los países más desarrollados de América Latina,¹⁴ los procedimientos de «revolución pasiva» que habían llevado a cabo los regímenes populistas.¹⁵ Solían imaginar a los Esta-

14 «La vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo» (Gramsci, 1999: 37).

15 El concepto de «revolución pasiva» o «revolución-restauración» es fundamental para entender el proceso latinoamericano —y las políticas de las clases dominantes en especial—, en tanto que respuesta a amenazas más o menos concretas provenientes del «abajo» social: «ambas expresan seguramente el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria [...] y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con ‘restauraciones’ que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo, por lo tanto ‘restauraciones progresistas’ o ‘revoluciones-restauraciones’ o incluso ‘revoluciones pasivas’» (Gramsci, 1986: 205).

dos nacionales como meras fachadas de los intereses del capital imperialista, a los ejércitos nacionales como «fuerzas de ocupación», y a las clases subalternas como masas inconformes prontas a ser movilizadas por la «chispa» de la rebelión. Las armas adquirirían poder taumático, aseguraban el carácter «revolucionario» de la lucha emprendida, más allá del programa efectivo de transformaciones que se intentaba realizar. Y no se planteó la necesidad de construir una visión del mundo que encarnara en las masas, para oponerse a la hegemónica, de producir un cambio cultural que superara los componentes de individualismo y competencia que presiden la vida social actual.

En América Latina, la relativa novedad —a partir de mediados de los ochenta— de la existencia de democracias parlamentarias estabilizadas, con un desarrollo institucional y una vigencia de las libertades públicas suficiente como para no permitir considerarlas una mera «fachada» del autoritarismo, cegó con su brillo a amplios sectores del pensamiento.

La intelectualidad gramsciana,¹⁶ que había aportado parte de la mejor reflexión marxista de los sesenta y setenta, y durante la dictadura había producido obras tan importantes como *Marx y América Latina*, de José Aricó y *Los usos de Gramsci*, de J. C. Portantiero, pasó en la década del ochenta a enrolarse en una renuncia al cuestionamiento de las relaciones sociales de producción y del poder del Estado. El centrarse en la sociedad civil se interpretaba en términos de un enfoque político-cultural dirigido a las llamadas superestructuras y a la disputa en ese terreno, entendida sobre todo como «crítica cultural», pero aceptando la democracia representativa como democracia *tout court*, y abandonando la idea misma de transformación social profunda. La destrucción de las organizaciones populares y la desarticulación de la visión del mundo que propiciaban en los sesenta y setenta las dictaduras más sangrientas de la historia de la región, el dolor de la derrota, la presión ideológica en el plano mundial desatada por un capitalismo que se reconfiguraba y se reorganizaba en un sentido mucho menos proclive a las concesiones económicas y políticas a las clases subalternas, impulsaron ese viraje, ese «gramscismo» que renunciaba a la transformación radical de la sociedad.¹⁷

16 Nos referimos, básicamente, al núcleo de intelectuales agrupado originalmente en torno a la revista *Pasado y Presente*.

17 Una crítica a esta evolución del pensamiento gramsciano, sobre todo en Argentina, se encuentra en una obra por otra parte muy favorable a las elaboraciones de esa corriente: Burgos (2004).

Aparecía con insistencia, no ya en el pensamiento oficial, sino en corrientes de tradición crítica, la idea de que los cambios a propiciar no debían afectar la «governabilidad» del sistema. Hay una frase de Aricó, uno de los gramscianos más destacados de América Latina, de su última época, que resume todo un programa de acción:

«La pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictualidad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad» (Aricó, 1999: 116).

La utopía democrática suplantaba a la utopía revolucionaria, pero con desconocimiento, para nada «gramsciano», de las relaciones de fuerzas en que la democracia representativa era restaurada, y las amplias posibilidades que éstas brindaban para contrarrestar cualquier impulso renovador desde «abajo» que atravesara el nuevo orden político, cuyo componente de libertades públicas y sus posibilidades institucionales, mal ocultaba un orden social más desigual y excluyente que nunca antes. La democratización, bajo el signo de un liberalismo político más o menos consecuente, prometía una modernización de la arena política. Ingenuamente, se pensaba que también podía reducir la influencia de los conglomerados económicos fortalecidos en los periodos dictatoriales y de los poderes corporativos en general.¹⁸

Este enfoque «transformista» de la nueva situación se daba en una coyuntura que, con singular velocidad, se reveló como nada propicia para apostar a avances sociales por la vía de las reformas: Se derrumbaban conquistas de los trabajadores que se habían juzgado irreversibles, el Estado abandonaba roles que parecía haber asumido definitivamente, un proceso de concentración capitalista de vastísimo alcance reorganizaba sectores enteros de la economía (y de la sociedad toda), mientras hacía desaparecer o reducía a su mínima expresión a otros, todo en dirección favorable a la concentración y centralización del capital. Se terminaba apostando a «la defensa de una democracia restringida y manca» (Infraña, 2003: 123), en una perspectiva a la que fueron fácilmente «domestica-

18 En estas posiciones resuena algo de la propensión de los intelectuales a concebir al Estado como «una cosa en sí», un «absoluto racional», y ver a su propia función como «absoluta y preeminente» en los países periféricos (confróntese con Gramsci, 1986: 233). Los intelectuales tienden a verse a la cabeza del proceso de «transición a la democracia», y a sobrevalorar lo que las instituciones estatales pueden hacer, con prescindencia de un poder económico al que luego re-descubrirán como «teniendo cautiva» a la política.

dos» los partidos políticos y las organizaciones sindicales que habían coadministrado la sociedad argentina desde 1945 a 1976.

En esas condiciones, la apuesta a una limitación del poder del gran capital más o menos indolora, sobre la base de las re-instauradas instituciones representativas, era de sombrío pronóstico, y a poco andar quedó demostrado que era sólo «soñar con los ojos abiertos».

La «larga duración» en la configuración de la hegemonía en Latinoamérica

Para el propósito de construir un posicionamiento crítico frente a la actual realidad latinoamericana, es importante analizar la cuestión de la hegemonía y la contrahegemonía en nuestros países, sobre el fondo del «movimiento orgánico» y no del «coyuntural», dirigiéndonos a la «gran política» y no sólo a la «pequeña política».¹⁹

La construcción hegemónica de las clases dominantes (con aspiración a ser dirigentes), se basó primero en diferentes variantes de la promesa de orden y modernización (el «orden y progreso» de Brasil, o «paz y administración» de Argentina); asentada, materialmente, en la prosperidad derivada de la exportación agraria o minera; en el orden político, en la construcción de diferentes variantes de «repúblicas oligárquicas»; y en lo cultural, en un proceso de uniformación que procuraba construir, desde el Estado, «identidades nacionales» hechas a medida del poder social y estatal que se procuraba legitimar.

A posteriori, ya avanzado el siglo XX, las iniciativas de diversificación de la economía e industrialización, junto con las promesas de integración política a través de la libertad efectiva del sufragio, el reconocimiento y adjudicación de cuotas de poder a las organizaciones de trabajadores, y la instauración de versiones «pobres» pero eficaces en su medida de los Estados de bienestar del capitalismo desarrollado, produjo una «reorganización» de la hegemonía, con diferentes distribuciones de poder al interior de las clases dominantes, y la presencia de un Estado que intervenía más activamente para lograr esos «equilibrios inestables» en que los intereses de la clase dominante predominaran, pero no hasta el «límite de lo económico-corporativo». El Estado, a menudo dirigido por distintas vertientes de los

19 «La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política. Por lo tanto, es gran política el intentar excluir la gran política del ámbito de la vida estatal y reducirlo todo a aquella política» (Gramsci, 1981: 242).

que podríamos considerar «cesarismos progresivos»,²⁰ allegaba consenso proveniente de las clases subalternas, para un rol en que se presentaba como el instaurador del bien común frente al «egoísmo» de las antiguas oligarquías.

El transcurso de las décadas de los sesenta a los ochenta contuvo una demostración de flexibilidad en el manejo de los regímenes políticos de parte del bloque de clases dominantes en los países latinoamericanos, que en dos décadas pasaron de regímenes constitucionales a dictaduras y de vuelta a la institucionalidad democrática, como forma de contener primero, y resolver en su favor después, la crisis que se fue desatando. Los procesos de radicalización que se produjeron en varios países, con el Estado de corte desarrollista o populista sobrepasado por una acción de masas que primero amplió sus demandas, y luego apuntó directamente a destruirlo para encarar un «tiempo nuevo», ya no capitalista, impulsaron a terminar con una democracia parlamentaria que se había tornado peligrosa. Así fue que, aun en los baluartes más firmes de ese régimen en la región (Chile y Uruguay), se instalaron una suerte de «cesarismos regresivos», en forma de dictaduras militares, que mediante el uso masivo de la violencia, permitieron salir de las situaciones de empate prolongado o de defensiva de las clases dominantes, y proporcionaron las condiciones para descabezar a las dirigencias de las clases subalternas, imprimir un giro conservador a la conciencia colectiva,²¹ y luego iniciar cambios profundos, con un contenido de restauración del dominio más pleno de la clase, que a su vez contribuía a su propia reorganización. Estos procesos, asimilables a una cierta fase del proceso gramsciano de «revolución pasiva»,²² pasaron luego nuevamente a regímenes demo-

20 «Se puede decir que el cesarismo o bonapartismo expresa una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de modo catastrófico, o sea que se equilibran de modo tal que la continuación de la lucha no puede concluir más que con la destrucción recíproca [...] es progresivo el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar aunque sea con ciertos compromisos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar a la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones, que no obstante tienen un valor, un alcance y un significado distintos que en el caso precedente» (Gramsci, 1986: 205).

21 Viene a cuento el llamado de atención de un autor cubano: «no hay que subestimar el profundo retraso que imprimieron las dictaduras al desarrollo humano y de la convivencia social en la América Latina, ni lo que lograron en varios países en cuanto a conservatización del pensamiento y las instituciones, y a la gran moderación y timidez en las actitudes cívicas de grupos amplios de población» (Martínez Heredia, 2005: 26).

22 Nos parece especialmente adecuada a los procesos de historia reciente de América Latina la definición de revolución pasiva que da Donatella Di Benedetto: «La ‘revolución pasiva’ implica por lo tanto la capacidad de las clases dominantes, frente a la explosión de las contradicciones sociales y políticas, de gobernar, integrar destruyendo las contradicciones fundamentales evitando que devengan protagónicas en la crisis ‘masa’ o ‘conjunto’» (Di Benedetto, 2000: 266). La «revolución pasiva» es un tipo de proceso que recorre toda la historia latinoamericana, desde el momento de la independencia y constitución de los Estados nacionales, proceso realizado inequívocamente «desde arriba», con aparatos (*continúa en la siguiente página*)

cráticos, que completarían, en condiciones de allegar mayor legitimidad, las transformaciones estructurales iniciadas bajo la égida militar.

De procesos apoyados casi solamente por el núcleo más concentrado del gran capital, y por las derechas, sean liberales o fascistoides, se pasó a una «transición a la democracia» que siguió una orientación económica y social semejante a la dictatorial, pero generando al comienzo consensos mucho más amplios, atraídos por la posibilidad de constituir una «sociedad plural» que permitiera influir desde las organizaciones de la sociedad civil sobre un poder político sometido al voto popular. Ciertos rasgos peligrosos de unos «Estados-fortaleza» excesivamente autonomizados, indujeron a las burguesías locales y a los Estados Unidos, todavía librando la guerra fría por ese entonces, a impulsar el paso a gobiernos civiles, procurando una revalorización de la democracia que a su vez excluyera el cuestionamiento a fondo de las relaciones sociales productoras de explotación y alienación.

El conjunto del proceso puede ser interpretado como la expresión de un avance económico y político comandado por lo más concentrado del gran capital, que pretendió eludir todo pacto, toda concesión, y hacer prevalecer completa su visión del mundo y sus intereses económico-corporativos. No aparecen los elementos de compromiso, de «equilibrio» que Gramsci subraya una y otra vez en su construcción del concepto de hegemonía. La clase dominante pierde capacidad de hegemonizar a otros sectores sociales, en cuanto se le hace difícil aparecer como «haciendo avanzar a toda la sociedad». ²³ Pero al mismo tiempo logra un firme control sobre el conjunto de la vida social, incluyendo los partidos políticos sistémicos y el aparato comunicacional.

Sin embargo, sigue en pie una contradicción. Al menos en el plano teórico, hay una suerte de complementación: el Estado capitalista absorbe presiones por

estatales que se construían, dando forma a la vez a la estructura de clases de la sociedad y sentando las bases para un tipo de desarrollo que incluyera la incorporación al mercado mundial. Por comenzar, estos «Estados-nación» no tenían naciones (ni siquiera protonaciones) que les fueran preexistentes, y las deberán conformar a partir de la acción estatal en el terreno militar, político e ideológico-cultural. Se encuentran referencias abundantes sobre el tema en Aricó (1980), sobre todo en su último capítulo.

²³ Gramsci utiliza esta expresión para caracterizar el periodo en que una clase dominante es «progresista», y por lo tanto puede captar al conjunto de los intelectuales, incluyendo a los tradicionales. Cuando pierde este carácter, tiende a recaer en el autoritarismo: «Este fenómeno se verifica ‘espontáneamente’ en los periodos en que aquella determinada clase es realmente progresista, o sea hace avanzar a toda la sociedad, no sólo satisfaciendo sus exigencias existenciales, sino ampliando continuamente sus cuadros por una continua toma de posesión de nuevas esferas de actividad industrial-productiva. Cuando la clase dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a resquebrajarse y entonces a la ‘espontaneidad’ sucede la ‘constricción’ en formas cada vez menos larvadas e indirectas, hasta llegar a las auténticas medidas policíacas y a los golpes de estado» (Gramsci, 1985: 108).

la mejora de la situación de las clases subalternas, mientras que la clase burguesa ofrece una sociedad lo suficientemente «abierta» como para que algunos miembros de la clase subalterna cambien su situación de clase. Sin embargo, ninguna de ambas cosas se dan con una frecuencia suficiente en las democracias latinoamericanas actuales. En esta nueva fase en que rigen normas de legitimación nacidas de elecciones libres y en que se respeta la vigencia de las libertades públicas, es cuando la relación Estado-clases subalternas se vuelve más distante, manteniéndose en los límites de la acción desorganizadora desde arriba y de la vinculación clientelística con las clases subalternas, que tiene fuertes elementos de «retorno al pasado», a formas de relación Estado-clases subalternas más propias de las épocas de «repúblicas oligárquicas».

El bloque en el poder no aspira hoy seriamente a ejercer la dirección positiva de las clases subalternas, sino a su neutralización y debilitamiento político e ideológico, a su desorganización y parálisis política, a su retiro duradero de la esfera pública. Toda intervención «de masas» —aun las de carácter subordinado, heterónomo— es vista como potencialmente peligrosa para la «governabilidad» del sistema, a la que se percibe ligada a una apatía política que permita avanzar hacia la utopía del «Estado mínimo» o «Estado modesto», fiscalmente menos costoso, e inmunizado contra el peligro de prohijar organizaciones que pueden volverse anticapitalistas, o al menos perturbar la lógica de la acumulación.²⁴

Así las cosas, la política resulta una tarea de «especialistas», un mal necesario, destinada a quedar en manos de una elite profesional, sin importar demasiado que sea limitada intelectualmente y éticamente corrupta, y que si se extralimita en sus atribuciones, puede ser barrida y reorganizada cuantas veces sea necesario.²⁵ El resultado más eficaz para las clases poseedoras del capital es que —por condicionamiento y por presión, por manejo de «aparatos hegemónicos» en medi-

24 Lo explica con claridad C. N. Coutinho: «ese modelo societario presupone y estimula la baja participación política (la apatía es vista como condición para evitar el congestionamiento de las demandas), además de apostar por el debilitamiento de las instancias globalizadoras de la política —descalificadas en cuanto ‘ideológicas’— y por la proliferación de formas de representación puramente corporativas y sectoriales, como es el caso de la mayoría de las ONG» (Coutinho, 2000: 41).

25 Nótese, entre otros datos, la frecuencia antes desconocida con la que mecanismos de *impeachment*, renuncias más o menos forzadas u otros similares han terminado con mandatos presidenciales constitucionales en la América Latina de los últimos años, sin contar los que terminaron sus periodos para ir a la cárcel muy poco tiempo después. De Carlos Menem a Carlos Salinas de Gortari, de Carlos Andrés Pérez a Fernando Collor de Melo, Alberto Fujimori y Abdala Bucaram, la destitución ha terminado mandatos presidenciales, y las órdenes de prisión o pedidos de captura han coronado su expiración, a lo largo y ancho de América Latina. A partir de 2000, los alzamientos populares se convirtieron en una nueva modalidad de desplazamientos de mandatarios, con efecto en Ecuador, Perú, Argentina, Bolivia y Paraguay.

da mayor que el Estado nacional— los conglomerados empresarios garantizan la aplicación fiel de sus políticas, sin tener que tomar la responsabilidad directa de la misma, ni afrontar el «costo» de sus resultados negativos. Los círculos de la gran empresa suelen, incluso, sumarse entusiastas a la generalizada denigración de la «clase política», ya que ese desprestigio tiene al menos dos consecuencias que les son gratas: a) la «despolitización» voluntaria de amplios sectores sociales, que se mantienen al margen de una actividad a la que juzgan esencialmente inútil y corrupta; y b) el desviar la aversión que podría despertar la actitud de los grandes capitalistas hacia quienes, como los dirigentes políticos, cada vez más válidamente se puede considerar su «personal subalterno».

Desorganizar, fragmentar, replegar a lo privado, «seducir» por la creciente oferta de consumo, son caminos de búsqueda de la pasividad de las masas, en nada coincidentes con la generación del consenso «activo y organizado» al que hace referencia Gramsci como sustento de la hegemonía. Es más un consentimiento a la propia despolitización, teñido de un «sentimiento de inevitabilidad» (Therborn, 1998: 75 y ss.). Las organizaciones de la «sociedad civil» ligadas al establecimiento y ejercicio de la hegemonía (partidos y sindicatos de masas, medios de comunicación, Iglesia), tienden a fracasar en sus intentos de presentar los intereses de los grupos dominantes sobre un «plano universal», quedan privadas en sus prácticas de los márgenes brindados por el orden de cosas anterior, y concluyen por exhibir su incapacidad para limitar de alguna manera eficaz la imposición del interés particular del grupo dominante. Toda idea de «integración» de sectores de las clases subalternas, e incluso de grupos intermedios o sectores menos concentrados de la burguesía, tiende a volverse inviable, dado el carácter groseramente expropiador, excluyente, del orden económico-social que se implanta.

Este cuadro produce un desgaste derivado de la «falta de promesas» del modelo de organización social en curso, de la ostensible clausura de las perspectivas de mejora social que aun el capitalismo periférico latinoamericano traía consigo en los países de mayor desarrollo relativo, e instaura lo que se ha denominado «malestar por falta de futuro», pero éste no desemboca con facilidad en la formulación de proyectos alternativos.²⁶ Al mismo tiempo que impone su «triumfo», el gran capital va generando una crisis de hegemonía, un empobreci-

26 «El malestar por la falta de futuro es bastante general, pero la minoría que es conscientemente anticapitalista también reconoce que padece una gran crisis de proyectos [...] Es difícil encontrar hoy propuestas políticas que reivindiquen abiertamente el socialismo; las oposiciones al sistema no suelen ofrecer un horizonte general diferente y opuesto que lo sustituiría, y palabras como 'alternativa' dan cuenta de esta debilidad» (Martínez Heredia, 2000: 160).

miento de sus posibilidades de dirigir a la sociedad con herramientas distintas que el miedo y la apatía.

En los últimos años, han asumido el gobierno en algunos países de América Latina corrientes o coaliciones inclinadas hacia la izquierda, o al menos empeñadas en diferenciarse del neoliberalismo y de los partidos políticos tradicionales, casi universalmente desprestigiados. Con todo, ninguna de ellas —a excepción de Venezuela, con el presidente Chávez— ha iniciado experiencias de movilización y participación popular con amplitud y permanencia suficientes como para pensar en un cambio respecto al carácter pasivo del consenso que se construye. Sí se manifiestan tendencias a renovar el discurso, alejarse de los presupuestos más «duros» del neoliberalismo y expandir la idea de gobiernos más preocupados por la pobreza, el desempleo, si bien limitados a enfrentarlos con herramientas compatibles con el puntilloso respeto al orden establecido.

La respuesta desde abajo

Este cambio de rasgos fundamentales de la supremacía del gran capital —en el mundo en general, y en los países latinoamericanos en particular— hace indispensable una revisión profunda y radical del modo de pensar ese predominio de clase.

Como ya hemos visto, los movimientos revolucionarios latinoamericanos se han caracterizado en su mayoría, al menos hasta los setenta, por una concepción del tipo «guerra de movimientos» y una visión unilateral, limitada, de la dominación de clase, que tendía a minimizar el papel de los procesos que se subsumen bajo el término gramsciano de hegemonía.

La prioridad absoluta otorgada a la opresión económica, junto a la coerción ejercida por un Estado al que se veía sólo como brazo represivo de la anterior, obturaba la visión sobre otras formas de dominación, y como consecuencia directa, la posibilidad de articular una verdadera acción contrahegemónica. Los defensores de reivindicaciones étnicas, de género o ambientales, corrían el riesgo de aparecer como «desviando» a las fuerzas contrarias al orden existente de sus objetivos principales, en vez de ser éstas aceptadas y promovidas como vehículos para «comprender y sentir»²⁷ la sociedad en términos más complejos (y

27 «El elemento popular 'siente' pero no comprende ni sabe; el elemento intelectual 'sabe' pero no comprende y especialmente no siente. Los dos extremos, pues, son la pedantería y el filisteísmo por una parte y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. [...] El error del intelectual consiste en creer que se pueda saber sin comprender y especialmente sin sentir y estar apasionado, es decir, que el intelectual pueda ser tal siendo distinto y estando alejado del pueblo» (Gramsci, 1981: 164).

completos) que lo que se venía haciendo, aptos para superar esquemas preconcebidos con resonancias «iluministas». De esa forma no se sumaba, sino que se restaban diversos ángulos de cuestionamiento y diferentes aliados en la lucha contra una opresión multiforme, pero que se prefería visualizar como «monocolor».

En el fondo, se alentaba una concepción de elite revolucionaria, de «vanguardismo» atravesado por esos «hermanos enemigos» que son el voluntarismo²⁸ y el economicismo, y que tiene como visión de su acción el disciplinamiento y manipulación de las masas movilizadas, una especie de «banda gitana», al decir de R. M. Cox (2000: 132).

La derrota experimentada en carne propia, en algunos casos; la visión de los contrastes ajenos, en otros; la reversión del orden mundial que quedara sintetizada en la caída del Muro de Berlín; el cambio general del «clima de época», hicieron que aquella visión de la transformación social quedara, si no sepultada definitivamente, al menos seriamente dañada en sus posibilidades de generar movimientos políticos eficaces. Se abría un abismo para el pensamiento que aspirara a contribuir a una acción transformadora, y se hizo evidente que las esperanzas puestas en la «transición democrática» no eran el camino para atravesarlo.

Un problema, a la hora de pensar la construcción de una praxis efectivamente transformadora, radicó en la necesidad de incorporar a su visión del mundo los cambios estructurales producidos en los últimos años, sacar plenas consecuencias de los mismos, y pasar por el tamiz crítico (y no por el rechazo unilateral) las aportaciones de los gramscianos latinoamericanos en los ochenta. A esos puntos de vista, debería aplicárseles el criterio que Gramsci desarrolló a propósito del pensamiento croceano: «retraducirlo» a términos de la «filosofía de la praxis», para cargar a ésta de un «impulso adecuado», que no tiene por qué reproducir las conclusiones finales de esa crítica pero sí utilizarla como basamento de la re-construcción del campo ideológico propio.²⁹ Y allí se re-instala la problemática de la formación de intelectuales orgánicos capaces de ser protagonistas de un gran cambio político-cultural que se expanda desde la izquierda

28 Gramsci define así al voluntarismo: «el voluntarismo, aun con su mérito histórico que no puede ser disminuido, ha sido un sustituto de la intervención popular, y en este sentido es una solución de compromiso con la pasividad de las grandes masas. Voluntarismo-pasividad van juntos más de lo que se cree. La solución con el voluntarismo es una solución de autoridad, legitimada 'formalmente' por un consenso, como se dice, de los 'mejores'. Pero para construir una historia duradera no bastan los 'mejores', se necesitan las más vastas y numerosas energías nacional-populares» (Gramsci, 1986: 69).

29 Gramsci desarrolla esta idea de superar mediante la incorporación de la crítica, aun idealista, a la recuperación de una filosofía de la praxis «vulgarizada por las necesidades de la vida práctica inmediata» (véase Gramsci, 1986: 133).

radical a un campo más vasto de pensamiento y acción crítica, estrechamente vinculada a las organizaciones populares y al movimiento social en general.³⁰

Se necesita recrear un enfoque del espacio latinoamericano, que debe ser articulador de realidades sociales y culturales afines pero diversas, con trayectorias históricas similares, pero no exentas de diferencias importantes entre sí. Se hace hoy insoslayable la re-articulación del contenido internacionalista del conflicto, pues de ser eludida, lleva a un «latinoamericanismo» que no tiene propuestas de alcance mundial, mientras las clases dominantes hacen de su mundialización la base para proclamarse invencibles y sin rivales a la vista.

Estamos además ante la necesidad de un replanteo de la visión histórica acerca de las clases subalternas, y de la propia idea de la centralidad histórica del proletariado, indispensable si queremos tomar el hilo del desafío acerca de qué tipo de coalición social puede sustentar un proyecto contrahegemónico. El propio instrumento primario de organización obrera, el sindicato, se enfrenta hoy a la clausura de un modelo basado en trabajadores del sector formal y estables. Hay elementos para pensar que se avanza en una redefinición de la identidad (que comprende a desocupados de larga permanencia, informales, precarios, cuentapropistas, nuevas actividades surgidas en el campo de los servicios), que se cruza con las luchas «territoriales», y que se encarna en nuevos métodos de lucha, que a veces suplen importantes dificultades para sostener la huelga y otras medidas de fuerza tradicionales, otras veces se articulan con ellas, y en todos los casos siguen vindicando la condición original de trabajadores, aunque el trabajo sea precario o directamente falte desde hace tiempo.³¹

La dispersión, la falta de articulación con otros espacios que no sean los del propio sector o «asunto», el aislamiento y la inorganicidad a las que muchos hoy cantan loas en nombre de la diferencia o la «tolerancia», no pueden ser un camino sino hacia la conservación de la sociedad existente. La aspiración a mantener

30 Viene a cuento una observación de la primera época de los *Cuadernos*, en la que Gramsci comienza a plantear la complejidad del vínculo entre la «razón» de los intelectuales y la del sentido común de los diversos grupos sociales: «La elaboración unitaria de una conciencia colectiva exige condiciones e iniciativas múltiples. La difusión de un centro homogéneo de un modo de pensar y de actuar homogéneo es la condición principal, pero no debe ni puede ser la única. Un error muy difundido consiste en pensar que cada estrato social elabora su conciencia y su cultura del mismo modo, con los mismos métodos, o sea los métodos de los intelectuales de profesión. [...] Es ilusorio pensar que una 'idea clara' oportunamente difundida se inserta en las distintas conciencias con los mismos efectos 'organizadores' de claridad difusa. Es un error 'iluminista'» (Gramsci, 1985: 99).

31 En Argentina, por ejemplo, se ha asistido a una creciente organización de movimientos de trabajadores desocupados, que tienden a nuclear no necesariamente a desocupados recientes, sino a un amplio conjunto de pobres que reclaman su ingreso al mundo del trabajo.

la fragmentación actual está marcada, con mayor o menor grado de conciencia, por la renuncia a cuestionar al orden social en su totalidad.³² Los actuales pensadores de la dominación le dejan con gusto a las organizaciones de las clases subalternas el terreno de lo «micro», de lo estrictamente local o sectorial —cuanto más pequeño y localizado mejor—, de la «pequeña política» que sólo disputa sobre cuestiones «parciales y cotidianas», para mejor encubrir la renuncia a la «gran política», la que se abandona con exclusividad a las clases dominantes.³³ Las organizaciones populares, nuevas y viejas, deben enfrentar fuertes presiones tendientes a su «domesticación», a encuadrarse en los límites de una «gobernabilidad», entendida básicamente como que las clases subalternas ejerzan su libertad de organización y movilización, pero absteniéndose de todo lo que pueda perturbar las relaciones de poder existentes,³⁴ y que se coloquen bajo la tutela, directa o mediata, de organismos internacionales o de agencias gubernamentales que les provean financiación, al mismo tiempo que les señalen los límites de su acción.

Fortalecimiento organizativo, coordinación, construcción de un discurso alternativo creíble y eficaz, son requerimientos imposterables. Pero también lo es la superación de las trabas que hoy se oponen, en la mentalidad colectiva, a la militancia activa por la transformación. En primer lugar, la ideología de la competencia interindividual como modo de moverse en la vida y el trabajo, con el acceso a un consumo mayor y más variado como objetivo central, con exclusión de cualquier objetivo y acción colectiva relevante. Y luego, la idea de que la militancia social y política de contenido contestatario tiene altos costos, y que en definitiva no permite logros frente a un sistema dispuesto a todo para castigar y, en el límite, suprimir a sus adversarios, y por lo tanto hay que dejar las cuestiones del Estado y la política en un plano superior y ajeno al de la «gente común». Hoy estamos ante una situación en que no se trata tanto de convencer de la justicia de las luchas, sino de su viabilidad y utilidad, de que pueden ser condu-

32 Véase al respecto un interesante artículo de Alberto Bonnet (2004), justamente crítico acerca de la reducción a «micropolíticas» sin perspectivas claras de transformación emancipadora de los impulsos de rebelión de los últimos años.

33 «de lo que se trata es de elevar la política del nivel 'económico-corporativo' al nivel 'ético-político'. Al contrario de la 'pequeña política' propuesta por el neoliberalismo, tenemos aquí la defensa de la 'gran política' orientada explícitamente hacia la afirmación y defensa de valores e intereses universales» (Coutinho, 2000: 42).

34 «Desde los círculos de los poderes trasnacionales y nacionales, a lo largo de la década de los noventa, se ha tratado de imponer a los movimientos populares una sola visión de lo político, las teorías de la gobernabilidad, y una agenda impuesta desde organismos como el Banco Mundial, que los vuelve funcionales a la contrarreforma del Estado, articulados a los denominados procesos de descentralización y autogestión, renunciando a tener una perspectiva total y emancipadora del futuro» (Hidalgo, 2000: 60).

cidas de un modo que incremente la capacidad de acción autónoma desde «abajo», sin sucumbir a la «instrumentación» por intereses ajenos.

La «autorreforma» intelectual y moral de quienes aspiren a sostener la causa de las clases subalternas, constituye un requisito de cambio en el propio campo para poder pensar y actuar seriamente en pos del cambio social global.³⁵ Existe la posibilidad de pensarla (y llevarla a efecto) como un programa teórico y práctico que re-defina los objetivos de transformación, sobre el ideal de la construcción de una sociedad sin explotación ni alienación, creativa e igualitaria. Esa autorreforma debe abarcar los modos de pensar y comportarse, el reconocerse parte del conjunto social y no una minoría ilustrada y «naturalmente» dirigente. La ruptura con ese «renacentismo» al que lleva la idea exacerbada de «vanguardia», hace recordar la idea del propio Gramsci en cuanto a la necesidad de conjugar «renacimiento» y «reforma».³⁶

Y continuar pensando la transformación social, entendiéndola: a) como un proceso y no como un «acontecimiento» único, al que se adjudica la apertura de una nueva era por su sola producción; y b) de una manera en que su componente de «iniciativa popular», de autogobierno y autoorganización de las masas, de generación y difusión de una visión del mundo antagónica a la predominante, ocupe un lugar tanto o más importante que la conquista del aparato del Estado o las medidas de «expropiación de los expropiadores».

Las experiencias desarrolladas por movimientos sociales en los últimos años, con capacidades de organización, movilización e impacto comunicacional inéditas, en diversos países del continente, parecen marcar avances en una revisión del paradigma tradicional de la transformación social que no termine encubriendo una renuncia a producir cambios radicales. Las experiencias más recientes, desde los movimientos indígenas de Ecuador y Bolivia a los «piqueteros» argentinos, alcanzaron capacidad para desarrollar organizaciones de masas, e influyeron poderosamente para instar a un retroceso en la prolongada ofensiva que desarrollan las clases dominantes, incluyendo el derrocamiento de algunos go-

35 «Por otra parte, ya se sabe que no existen protagonistas predestinados, que ese papel tendrán que jugarlo las mayorías explotadas y oprimidas de hoy. Sin cambiarse a sí mismos en los mismos procesos de cambiar el mundo nunca serían capaces de triunfar» (Martínez Heredia, 2000: 161).

36 Es sabido que en la terminología de los *Cuadernos*, «Renacimiento» evoca el clasicismo, la elevación intelectual que no renuncia al elitismo, y «Reforma» a la posibilidad de dar carácter de masas a un pensamiento innovador, pero que corre el riesgo de la «vulgarización». Es ilustrativo el pasaje en el que preconiza: «la creación de una nueva cultura integral que tenga los caracteres de masa de la Reforma protestante y de la Ilustración francesa y los caracteres clásicos de la cultura griega y del Renacimiento italiano, una cultura que retomando los términos de Carducci, sinteticamente Maximiliano Robespierre y Emmanuel Kant» (Gramsci, 1986: 133).

biernos abiertamente enrolados con los intereses del gran capital. En el debe de esos movimientos cabe contar las enormes dificultades para lograr una articulación política eficaz, en medio del relativo vacío desatado por la coexistencia entre la crisis de la idea de «partido revolucionario» y la falta de una concepción de la acción política capaz de reemplazarla eficazmente.

A modo de conclusión

El pensamiento gramsciano sigue siendo una guía insustituible a la hora de emprender una reformulación del mundo social entendido como una totalidad. Al plantear la necesidad de encarar la especificidad de la problemática ético-política sin abandonar la «estructural», al desarrollar el concepto de hegemonía en un sentido complejo y multidimensional, el pensador italiano señalaba el camino para un proyecto que no se inclinara a descubrir una sola clave de la sociedad existente para impugnarla desde allí, sino a visualizar una crítica global, articulada sobre la problemática de la lucha de clases, eludiendo a su vez la tentación de subsumir ésta en el plano de las relaciones de propiedad y el manejo del aparato coercitivo estatal. Por añadidura, hay una afinidad entre la época de Gramsci y la actual: la sociedad capitalista atraviesa una crisis de enormes proporciones, pero ésta no aparece como terminal, y muchos signos indican que una «sobrevida duradera» aguarda al capitalismo:

«tal como en los años en que fueron concebidos los *Cuadernos*, la crisis de nuestros días no se anuncia como terminal. De todas partes surgen indicaciones de que el capitalismo, pese a sus monstruosidades y contradicciones, está fuerte y demuestra poseer reservas para sustentar, tal vez no un nuevo ciclo expansivo, pero sí seguramente una supervivencia duradera» (Nogueira, 1998: 97).

Se requiere hoy la aptitud de comprender e impugnar el conjunto de agravios que comete a diario el orden social capitalista en todos los terrenos, para ampliar y enriquecer el amplio frente de los explotados, los marginados, y de los que sin ser una cosa ni la otra toman la decisión ética y política³⁷ de no seguir asistiendo pasivos al reinado de la injusticia.

37 Señala Fernández Buey que Gramsci «afirma que no puede haber actividad política permanente que no se sostenga en determinados principios éticos compartidos [...] Son estos principios éticos los que dan compacidad interna y homogeneidad para alcanzar el fin» (Fernández Buey, 2003).

Las manifestaciones contra el capital financiero, de Seattle a Génova; y en nuestro continente, la marcha de los zapatistas sobre el Distrito Federal, entre otros ejemplos posibles, muestran un cuadro social y cultural ciertamente variopinto: la inexistencia de pretensiones de que un sector se erija en «comando único», la voluntad cada vez más firme de cuestionar las diferentes aristas de un orden social cada día más injusto, y la creciente conciencia de estar formando parte de una lucha de alcance mundial. Se puede argumentar válidamente que se trata de movimientos apenas incipientes, plagados de indefiniciones, e incluso de incompatibilidades entre sus componentes. Pero, nos parece, aciertan ya al insinuar, como punto de partida, la adhesión a un ideal de fraternidad universal entre los oprimidos y los indignados contra la injusticia. Ni la identidad ni el ideal emancipatorio están dados, sino que deben construirse en un proceso que articule experiencia y conciencia, el lugar propio y el mundo en su conjunto.³⁸

Las clases subalternas latinoamericanas son, desde siempre, ejemplo de diversidad y mezcla, de un arco iris nunca agrisado por las lluvias de plomo arrojadas una y otra vez sobre sus hombres y mujeres por los dueños del poder. Difícil pensar un suelo más adecuado para que, en el mediano plazo, fructifique un nuevo proyecto de transformación que parta de la diversidad para atacar por múltiples vías a la mercantilización y el egoísmo universal, a la gigantesca máquina de producir millonarios y hambrientos al mismo tiempo; a todo lo que representa, hoy más que nunca, el capitalismo. Desde 2000 en adelante, las profecías sobre el ocaso definitivo de cualquier forma de «política de calles» se vieron rotundamente desmentidas por los alzamientos populares que dieron por tierra con varios presidentes latinoamericanos, fenómeno que se dio por dos veces en Ecuador y luego en Bolivia. Se instauró una suerte de «revocatoria» de hecho de mandatos amparados por la legalidad electoral, pero totalmente distanciados de las necesidades y aspiraciones de sectores mayoritarios de la población. Esas conmociones no dieron lugar, hasta ahora, a transformaciones sociales radicales, pero sí contribuyeron a abrir paso a fuerzas políticas sin experiencia de gobierno y a dirigentes no encuadrados en las conducciones políticas tradicionales. Está por verse si esos cambios operarán en el sentido de una recomposición «transformista» de la dominación social y política, o abrirán el camino a mutaciones de carácter estructural, que incluyan una resignificación de las menguadas democracias realmente existentes en nuestros países.

38 «Ni la identidad ni la emancipación son, entonces, 'previas' o dadas, sino que resultan de una experiencia de construcción de sí y del mundo» (Adamovsky, 2000: 6).

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel, (2000) «La política después de Seattle. El surgimiento de la nueva resistencia global», en *El Rodaballo*, Año VI, N° 11/12, Buenos Aires, primavera/verano.
- Aricó, José, (1980) *Marx y América Latina*, México, Catálogos.
- Aricó, José, (1999) *Entrevistas 1974-1991*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.
- Baratta, Giorgio, (1999) «Gramsci tra noi: Hall, Said, Balibar», en Baratta, G. y Liguori, G. (eds.), *Gramsci da un secolo all' altro*, Roma, Riuniti-IGS.
- Bonnet, Alberto, (2004) «Diciembre en los pasillos de la Academia. Luchas sociales y micropolíticas posmodernas», en *Cuadernos del Sur. Sociedad. Economía. Política*, N° 37, Buenos Aires, mayo de 2004.
- Buci-Glucksmann, Christine, (1986) *Gramsci y el Estado. Hacia una interpretación materialista de la filosofía*, México, Siglo XXI, 7° edición.
- Burgos, Raúl, (2004) *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Buttiliegg, Joseph, (1999) «Sulla cateogria gramsciana de 'subalterno'», en Baratta, G. y Liguori, G. (eds.), *Gramsci da un secolo all' altro*, Roma, Riuniti-IGS.
- Cavarozzi, Marcelo, (1997) *Autoritarismo y Democracia*, Buenos Aires, Ariel.
- Coutinho, Carlos Nelson, (2000) «El concepto de sociedad civil en Gramsci y la lucha ideológica en el Brasil de hoy», en Kanoussi, Dora (ed.), *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, México, IGS- BUAP- Plaza y Valdez.
- Cox, R. M., (2000) «Gramsci y la cuestión de la sociedad civil», en Kanoussi, Dora (ed.), *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, México, IGS- BUAP- Plaza y Valdez.
- Di Benedetto, Donatella, (2000) «Crisis orgánica y revolución pasiva. Americanismo y corporativismo», en Kanoussi, Dora (ed.), *Gramsci en América, II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, México, IGS- BUAP- Plaza y Valdez.
- Fernández Buey, Francisco, (2003) «Ética y política en la obra de Antonio Gramsci», en *Escenario 2*, Revista de Análisis Político, N° 7, Barcelona, septiembre, edición electrónica: www.escenario2.org.uy.

- Gramsci, Antonio, (1985) *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Era, 2º reimpresión en español, Tomo 1.
- Gramsci, Antonio, (1981) *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Era, 1º edición en español, Tomo 2.
- Gramsci, Antonio, (1984) *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Era, 1º edición en español, Tomo 3.
- Gramsci, Antonio, (1986) *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Era, 1º edición en español, Tomo 4.
- Gramsci, Antonio, (1999) *Cuadernos de la cárcel*, Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, México, Era/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1º edición en español, Tomo 5.
- Gramsci, Antonio, (1995) *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, México, Juan Pablos Editor, 2º edición, 1º reimpresión.
- Hidalgo, Francisco, (2000) «Movimientos Populares. El debate de alternativas», en Kanoussi, Dora (ed.), *Gramsci en América, II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, México, IGS-BUAP-Plaza y Valdez.
- Infranca, Antonio, (2003) «La cola del diablo: El marxismo de José Aricó y su interpretación de Gramsci», en *Periferias*, Año 8, N° 11, Buenos Aires, segundo semestre.
- Martínez Heredia, Fernando, (2000) «Memoria y proyectos. Gramsci y el ejercicio de pensar», en Kanoussi, Dora (ed.), *Gramsci en América, II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, México, IGS- BUAP- Plaza y Valdez.
- Martínez Heredia, Fernando, (2005) *En el borno de los 90, Edición 2005*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2º edición.
- Nogueira, Marcos A., (1998) «Gramsci y los desafíos de una política democrática de izquierda», en Aggio, Alberto (org.), *Gramsci, a vitalidade de um pensamento*, Sao Paulo, UNESP.
- Salvadori, Massimo, (1981) «Gramsci y el PCI. Dos concepciones acerca de la hegemonía», en AAVV, *Revolución y democracia en Gramsci*, Barcelona, Fontamara.
- Therborn, Goran, (1998) *La ideología del poder y el poder de la ideología*, México, Siglo XXI, 5º edición en español.

Resumen

El despliegue sobre el presente latinoamericano de la problemática gramsciana de la hegemonía, exige tanto una elucidación de yerros y simplificaciones en la utilización de la categoría original, como un repaso histórico de la evolución social y cultural del continente. La estructura de clase, los modos de la lucha social y política, la configuración organizacional y la subjetividad de los luchadores, se han modificado profundamente en estos años, enmarcadas por una ofensiva de alcance estratégico del gran capital. Las concepciones gramscianas pueden (deben) constituir un auxilio fundamental a la hora de volver a pensar en una perspectiva de transformación social radical, que eluda el doble riesgo de la adaptación al orden existente, en un extremo, y un «choque frontal» contra el mismo que cambie eficacia real por radicalismo programático. Se encontrarán allí herramientas para examinar críticamente el pasado y el presente del pensamiento y las prácticas contestatarias de nuestro continente; y proyectarlas en dirección a su perspectiva futura.

Palabras-clave: hegemonía - América Latina - transformación social - concepciones gramscianas.

Abstract

The unfolding on the Latin American present of the Gramsci's problematic of the hegemony, demands so much a elucidation of errors and simplifications in the use of the original category, like an historical review of the social and cultural evolution of the continent. The structure of class, the ways of the social and political fight, the organizational configuration and the subjectivity of the fighters, have been modified deeply in these years, framed by an offensive of strategic reach of the great capital. Gramsci's conceptions can (they must) constitute a fundamental aid at the time of returning to think about a perspective of radical social transformation, that eludes the double risk of the adaptation to the existing order, in an end, and a «head-on collision» against which exchange real effectiveness by programmatic radicalism. Will be there tools to critically examine the past and the present of the thought and the transformer practices of our continent; and to project them in the direction of its future perspective.

Keywords: hegemony - Latin America - social change - Gramsci's conceptions.